

Miguel de Cervantes. *Poesías*. Edición de Adrián J. Sáez. Madrid. Cátedra. 2016.

La ilustración de cubierta de esta edición de Cátedra, el *Menipo* lucianesco de Velázquez (magistralmente glosado por Jonathan Brown y Francisco Rico), es todo un acierto y casi una *imago vitae* de Cervantes: el célebre filósofo cínico mira de soslayo al espectador como quien ha andado mucho y ve ya las cosas con escéptico desengaño, burlona sonrisa y discreta socarronería. Un autor melancólico, «socarrón» y «poetón ya viejo», es el que afirma, entre burlas y veras, que la de poeta es «la gracia que no quiso darme el cielo», verso jocososerio con que su autor apenas disimula un alto concepto de su valía poética, sobre la que se ha tejido una leyenda negra que estudiosos como Adrián J. Sáez, José Montero Reguera y Fernando Romo Feito, entre otros, intentan debelar con ediciones críticas, rigurosas y modélicas de su poesía, de cuyo relativo fracaso no es causa menor, como recuerda oportunamente Adrián J. Sáez, el «arrinconamiento de Cervantes como ingenio marginal y marginado, alejado de las redes de mecenazgo y de los circuitos habituales de circulación de la poesía» (pág. 13), de la «nueva poesía» (a excepción del Romancero nuevo de la llamada generación de 1580). Para el editor, la poesía de Cervantes «se enmarca entre Narciso y Proteo, como un ingenio a caballo entre varias tradiciones poéticas en un momento de crisis» (pág. 16), por eso hace bien Adrián J. Sáez al anotar que «es un error gravísimo carear los poemas de Cervantes con los grandes ingenios del momento cuando su discurso poético va a contrapelo de la moda de los libros de poesías y de la evolución estilística de la lírica» (pág. 17).

Frente a las tres épocas en la poesía de Cervantes establecidas por el maestro don José Manuel Blecua, el editor propone una clasificación que abraza tanto la evolución estilística como la trayectoria biográfica: 1) «Los pinitos iniciales (1567-1569)»; 2) «La dedicación más intensa entre el cautiverio y el regreso (1575-1595)»; 3) «Una serie de poemas heroicos y burlescos (1596-1605)», y 4) «Una etapa final de madurez con el *Viaje del Parnaso* (1614) como remate irónico» (págs. 18-19). A partir de este adecuado deslinde (con sus lógicas interrelaciones), Adrián J. Sáez inicia la difícil labor exegética de contextualizar cada texto en el universo poético cervantino, entendido lúcidamente como «una verdadera panoplia de tentativas poéticas de un ingenio que busca su propia voz en el torbellino de cambios estéticos y sociales que se suceden en el quicio entre los siglos XVI y XVII» (pág. 19). En «Un ramillete de poemas amigos» (págs. 20-47) se analiza la composición de poesías preliminares para su círculo de amistades y contactos. Asimismo, se subdivide

este grupo en siete categorías (de nuevo, con conexiones entre ellas): 1) los textos encomiásticos y funerarios; 2) los poemas paratextuales; 3) las poesías ocasionales a ciertos eventos; 4) los poemas religiosos; 5) los sonetos burlescos; 6) un romance suelto, y 7) la *Epístola a Mateo Vázquez* (pág. 20).

A su etapa de formación humanista con López de Hoyos y a sus iniciales «esperanzas cortesanas» en el entorno del cardenal Espinosa responden los cinco primeros poemas (casi *praexeritamina* en romance) que abren la edición: el *genethliacon* «A la reina doña Isabel II» por el nacimiento de la infanta Catalina Micaela (10 de octubre de 1567), el «Epitafio» y los dos textos en redondillas castellanas dedicados a la muerte y las exequias de la misma reina (3 de octubre de 1568) y la «Elegía a don Diego de Espinosa», poemas que configuran una *consolatio mortis*, tópico frecuente, por cierto, en la práctica retórica del Estudio; a esta función consolatoria se sumarán luego los poemas «A la muerte del rey Felipe II» y «A la muerte de Fernando de Herrera». Tras la etapa italiana (1572-1575), Cervantes figura entre los preliminares (y aun en el cuerpo) de las obras de sus amigos. Tales testimonios poéticos revelan no solo afinidades electivas, literarias y aun editoriales sino también relaciones políticas de patronazgo, bien trazadas por Adrián J. Sáez para la cabal intelección de una veintena de textos. En esta galería de personajes figuran Antonio Veneziano, Pedro de Padilla (a quien se dedica un «miniciclo» de cinco composiciones), Rufo, López Maldonado, Alonso de Barros, Francisco Díaz, Mosquera de Figueroa, Lope de Vega (en la etapa de *entente cordiale*), Hurtado de Mendoza... Pero la vía *in laudem auctoris* no resultó fructífera en modo alguno. En las justas literarias tampoco recogió los frutos esperados (salvo en el certamen poético por la canonización de san Jacinto, en 1594). La famosa *Epístola a Mateo Vázquez*, cuya disposición y sentido se dilucidan, está «a mitad del camino entre sus inicios cortesanos y la fiebre de los preliminares» (pág. 43). Por su parte, la poesía jocosa cervantina está jalonada por textos jocosos como «A la entrada del duque de Medina Sidonia en Cádiz» o «Al túmulo del rey que se hizo en Sevilla», poema que Cervantes tuvo por «honra principal de mis escritos», según dice en el *Viaje del Parnaso* (IV, v. 38). Asimismo, como señala el editor, los dos textos metapoéticos (el «Canto de Calíope» en *La Galatea* y el citado *Viaje*) responden al modelo de catálogo de poetas, a la zaga de las colecciones de *illustri viri* y las *vitae* humanísticas, «en un camino que refleja el progresivo ascenso del estatuto social del poeta» (pág. 48). Adrián J. Sáez analiza con rigor ambos textos desde los presupuestos del canon, la sátira, la tradición, la vindicación de la poesía española (variante de la *translatio studii*), la competencia intertextual, el propósito de *aemulatio*, la crítica literaria o, en el caso del *Viaje del*

Parnaso, la creación (o autoencomio) de una imagen autorial (siempre poliédrica en Cervantes).

En otro epígrafe, el editor repasa puntualmente la otra ladera de la poesía cervantina: la inserta en novelas (de *La Galatea* al *Persiles*, en orden decreciente) y el teatro (comedias y tragedias). En este sentido, y al hilo de la poética de Cervantes, se subraya que el alcalaíno universal «no posee un discurso teórico perfectamente articulado, sino una poética implícita que se debe seguir paso a paso a través de diferentes parlamentos y en contraste con su realización y sus avatares personales» (pág. 81). Se trata de un juicio equilibrado que se adecua, además, al método seguido tanto en la introducción como en la precisa anotación textual. Entre las composiciones metapoéticas de Cervantes, el editor destaca con tino un pasaje de *La Gitanilla* («Hase de usar de la poesía como de una joya preciosísima...») y otro del *Quijote* («La poesía, señor hidalgo, a mi parecer, es como una doncella tierna y de poca edad...», II, 16). Asimismo, el investigador dedica una «nota de urgencia» a la compleja cuestión de las atribuciones cervantinas, que «proceden las más de las veces de épocas posteriores, de acuerdo con la consagración de Cervantes en el canon de la historia de la literatura española» (pág. 84). Según apostilla el editor, «el problema tiene su enjundia con cerca de cuarenta poemas que deben ponerse en cuarentena» (pág. 85), de los que se seleccionan aquí solo cuatro («A un ermitaño», «A un valentón metido a pordiosero», «Contra Lope de Vega» y «Contra la poesía»). De todos ellos, conviene detenerse en el soneto antilopesco «Hermano Lope, bórrame el soné-», respondido por el propio afectado en otro soneto («Yo, que no sé de la, de li ni le»), al que dedicamos un breve trabajo publicado en *Anuario Lope de Vega*, XV (2009), págs. 151-167 (corríjase ahora, en la primera línea de la página 155, el *lapsus calami* del texto: en los manuscritos 9636 y 17719 de la BNE el soneto consta *con* atribución a Góngora]. Por último, Adrián J. Sáez justifica la fijación de las poesías sueltas y los criterios de edición adoptados (págs. 87-98). La exhaustiva bibliografía (págs. 99-132) da fe de la rigurosa labor crítica del investigador. Tras el corpus textual (págs. 133-412), la edición se cierra con una utilísima «Galería de poetas» (págs. 413-460), que se apoya fundamentalmente en repertorios anteriores de José Julio Martín Romero y Patricia Marín Cepeda, un sucinto «Aparato textual» (págs. 461-465) y los índices de primeros versos y de voces anotadas (págs. 469-483).

Algunos lapsus y erratas pueden enmendarse en futuras reediciones: Pedro de Padilla ingresa en los carmelitas y no en los franciscanos (pág. 34, n. 25), «espúreo» (por 'espurio', pág. 70, n. 84), «seso» (por 'sesgo', pág. 78), «Francisco Salinas» (por 'Francisco de Salinas', pág. 79), «*utile dulce*» (por '*utile dulci*?', pág. 83), el trabajo «(Serés, 2010)» -citado en pág. 83- no se referencia

luego en la bibliografía, «Fouché» (por ‘Foulché’, pág. 88, n. 3), hay un error en la numeración de los versos del poema número 29 (pág. 209) y en la fecha de la *Diana enamorada* (pág. 258, en nota), «*Canzjonere*» (por ‘*Canzoniere*’, pág. 274, n. 111), «Manuel Esteban de Villegas» (por ‘Esteban Manuel de Villegas’, pág. 288, en nota), «chierles» (por ‘chirles’, pág. 296, en nota), «suave» (por ‘süave’, pág. 362, en nota), «Gullón» (por ‘Bullón’, pág. 399, n. 13), «Lerma» (por ‘Lerna’, pág. 402, n. 25).

Erratas aparte (nunca faltan en la nobilísima labor de los modernos *componedores*), Adrián J. Sáez realiza un espléndido trabajo filológico que sabe concertar la erudición con la claridad expositiva. «Bien donado sale al mundo / este libro», cuyo texto crítico resulta útil para el lector común y provechoso para el especialista. Tras su lectura, uno y otro verán que el rigor científico, aquí siempre didáctico, «en esta breve suma está cifrado».

JOSÉ PALOMARES
INSTITUTO SAN JUAN DE LA CRUZ. ÚBEDA